

dientes y facilidades; aprendo otro lenguaje, y sabe decir: *No, no puedo ya*; sabe pagar al mundo con negativas prontas y serias. El penitente no vive ya como los otros, no trata ya de agradar, se desagrada á sí mismo. Siente su mal; se disgusta á la vez no sólo del mundo que le ha engañado, sino de sí mismo, por haberse dejado sorprender por groseros atractivos. Se acuerda de los numerosos pecados que ha cometido con sus desgraciadas complacencias.

Habiéndose convertido cierto sujeto que llevaba una vida criminal con una jóven, dejó enteramente de ver aquella á quien él perdía y que le perdía á él. Un día, sin embargo, la encontró por casualidad, pero pasó de largo sin detenerse. Entónces ella le dirigió la palabra: —¿No me conocéis ya? dijo: soy fulana. —Podeis ser quien querais, le respondió él; pero yo no soy el mismo que era ántes. He jurado no ofender más á Dios, y salvar mi alma; imítadme.... Todo pecador debe seguir el ejemplo de aquel jóven, y tomar la firme resolución de no volver á pecar....

## CONVERSION.

**E**L Señor me librará de toda mala obra, dice S. Pablo, y me conducirá á su reino celestial. A él sea dada gloria por los siglos de los siglos. Amen: *Liberavit me Dominus ab omni opere malo, et salcum faciet in regnum suum celeste, cui gloria in secula seculorum. Amen.* (II. Tim. IV. 18).

Adán, David, Pablo, Magdalena, Agustín, etc., y todos los pecadores que se convierten, no se convierten sino por la gracia y la misericordia de Dios....

Dios es, dice S. Pablo, quien por un efecto de su buena voluntad obra en vosotros, no sólo el querer, sino el ejecutar: *Deus est enim qui operatur in vobis et velle, et perficere, pro bona voluntate.* (Philipp. II. 13).

Sin mí, dice Jesucristo, nada podeis hacer: *Sine me nihil potestis facere.* (Joann. XV. 5). El que está en pecado mortal, ha muerto: así pues, el que ha muerto no puede naturalmente resucitar; sólo Dios puede hacerlo. Nos perdemos sin Dios; pero no podemos volver á la vida, no podemos convertirnos sin el auxilio de Dios....

Señor, dice el Salmista, el rey os ha pedido la vida, y le habeis concedido alargar sus dias por los siglos de los siglos: *Vitam petiit á te, et tribuisti ei, etc.* (XX. 5). El Señor envió desde el cielo á librarme: ha entregado al oprobio á los que me pisoteaban: *Missit de celo, et liberavit me; dedit in opprobrium concubantes me.* (Psal. LVI. 4).

Dios es el que hace habitar dentro de una casa muchos de unas mismas costumbres, y que con su fortaleza pone en libertad á los prisioneros, como también á los que le irritan, los cuales moran en los sepulcros: *Deus qui habitare facit unius moris in domo, qui educit vincetos in fortitudine, similiter eos qui erasperant, qui habitant in sepulchris.* (Psal. LXXVIII. 7). Dios envió su misericordia y su verdad, y sacó mi alma de entre los cachorros leones: *Missit Deus misericordiam suam, et veritatem suam; et eripuit animam meam de medio catulorum leonum.* (Psal. LVI. 4-5). En el desierto hendió una peña, y les dió para beber como un caudaloso río, pues hizo brotar de una roca raudales de aguas, que corrieron á manera de ríos: *Interruptit petram in eremo, et adaquavit eos velut in abyso multa; et eduxit aquam de petra, et deduxit tamquam flumina aquas.* (Psal. LXXVII. 43-46). No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu nombre da toda la gloria, para hacer brillar tu misericordia y tu verdad: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.* (Psal. CXIII. 9). De aquí se infiere que la conversion es obra de Dios y no puramente nuestra. El Señor desata á los cautivos, el Señor ilumina á los ciegos: *Dominus solvit compeditos, Dominus illuminat cecos.* (Psal. CXLV. 7-8).

La conversion viene de la gracia y de la bondad de Dios.

Señor, atraedme en pos de Vos, dice la Esposa de los Cantares: *Traheme me post te.* (I. 3).

Dios es el que cambia los corazones. Les quitaré su corazón de piedra, y les daré un corazón de carne, dice el Señor por boca de Ezequiel: *Auferam cor lapidum de carne eorum, et dabo eis cor carneum.* (XL. 4), á fin de que anden por el camino de mis preceptos, guarden mis leyes y las practiquen, con lo cual sean ellos el pueblo mio y yo sea su Dios. (*Id.* XL. 20).

Observad, dice S. Agustín, las bestias salvajes y hasta los animales domésticos sobre los cuales establece el hombre su imperio. Ni el caballo, ni el leon se doman por sí mismos: así sucede con el hombre. Para domar al leon y al caballo, es preciso el hombre; para domar al hombre, es preciso Dios; y el hombre no se doma por medio de la naturaleza, sino por medio de la gracia. (*Serm. IV. de verbis Domini in Matth.*).

Señor, dice Jeremias, convertidme á Vos, y yo me convertiré; porque Vos sois el Señor mi Dios: *Convertete me, et convertiar, quia tu Dominus Deus meus.* (XXXI. 18).

Convertidnos á Vos, Señor, y nos convertiremos; renovad nuestros dias como desde el principio: *Convertite nos, Domine, ad te, et convertentur; innoce dies nostros, sicut á principio.* (Lament. V. 21).

Quiero misericordia, dice Jesucristo, y no sacrificio; porque yo no he venido á llamar á los justos, sino á los pecadores: *Misericordiam volo, et non sacrificium; non enim veni vocare justos, sed peccatores.* (Matth. IX. 13). Jesucristo ha dado su vida por la conversion de los pecadores, y por rescatarlos.....

Estoy en la puerta, dice el Señor en el Apocalipsis, y llamo: si alguien oye mi voz, y me abre su corazón, entraré en él, y con él cenaré, y él conmigo: *Ecce sto ad ostium, et pulso: si quis audierit vocem meam, et aperuerit mihi januam, intrabo ad illum, et cenabo cum illo, et ipse mecum.* (III. 20).

Hijo mio, dame tu corazón: *Probe, fili mi, cor tuum mihi.* (Prov. XXIII. 26).

No quiero la muerte del que muere, dice el Señor Dios: Convertios y viviréis. (*Ezech. XVIII. 32.*)

Juro por mí mismo, dice el Señor, que no quiero la muerte del impio, sino que quiero que el impio se convierta, deje su mal camino y viva: Convertios, convertios de vuestros caminos perversos. Y ¿por qué habeis de morir, ó vosotros los de la casa de Israel? (*Ezech. XXXIII. 11.*)

Dios, dice S. Agustín, empieza por obrar en nosotros para excitar nuestro querer, y coopera concluyendo la conversion en los que la quieren. Nos previene para curarnos; nos acompaña en la salud para hacernos merecer. Nos previene habiéndonos; nos sigue para nues-

tra glorificacion. Nos previene para que vivamos en la piedad; nos acompaña para que vivamos con él en la eternidad (1).

El Señor dice el Eclesiástico, es paciente hacia los mortales, y derrama sobre ellos su misericordia; ve la presuncion de sus corazones, que es mala, y conoce el trastorno de ellos, que es perverso: por esto derramó de lleno sobre ellos toda su misericordia..... La misericordia de Dios se extiende sobre toda carne..... Tiene lástima de cualquiera que reciba la enseñanza de la misericordia y que se apresura á practicar sus preceptos. (*XVIII. 9-14.*)

El mismo Dios vendrá y os salvará, dice Isaias: *Deus ipse veniet, et salvabit vos.* (XXXV. 4).

Alma infiel, dice el Señor por boca de Jeremias, has seguido tus corrompidas inclinaciones; sin embargo, vuelve á mí, y te recibiré: *Tu fornicata es; tamen revertere ad me, dicit Dominus, et ego suscipiam te.* (III. 4).

Pecadores, arrojad lejos de vosotros todas las prevaricaciones con que os habeis manchado, y hacedos un corazón nuevo y tambien un espíritu nuevo. (*Ezech. XVIII. 31.*)

Si yo, que soy vuestro soberano Juez, me inclino en favor vuestro, y si me valgo de todos los medios para no lanzar contra vosotros la sentencia de condenacion; si yo, vuestro Dios, ofendido con vuestras prevaricaciones, diñero y no quiero la venganza; si perdon fácil y prontamente; si os curo cuando estabais más lejos de la curacion, ¿por qué os habeis de perder? Teneis por abogado á mi Hijo hecho hombre y muerto para vosotros; teneis por juez á vuestro protector: ¿por qué habeis de perecer? Pecadores, no podeis resistir á mi poder ni sustraeros á mi justicia; pero mi misericordia no os rechaza: echaos en mis brazos; entonces me desarmaréis y os perdonaré.....

He aquí lo que dice el Señor Dios de los ejércitos por medio del profeta Zacarias: Vuelve á mí, pueblo mio, y yo volveré á tí: *Hec dicit Dominus exercituum: Convertimini ad me, et convertar ad vos.* (I. 3).

San Gregorio dice muy acertadamente: Dios, que rechaza al pecador, acoge al penitente; tambien llama á sí á sus enemigos, perdona los pecados á los que se convierten, exhorta á los perezosos, consuela á los afligidos, instruye á los que lo desean, ayuda á los combatientes, fortifica á los que trabajan, oye á los que llaman hacia él desde el fondo del corazón (2).

En otro tiempo, dice S. Pablo, éramos unos insensatos, unos inérduos, metidos en el error: *Eramus aliquando et nos insipientes increduli, errantes.* (Tit. III. 3). Con la conversion nos hemos vuelto

Maravillas de la conversion.

(1) Ipse, ut volumus, operatur incipiens, qui volentibus cooperatur periculis. Prævenit ut sanentur, et subsequitur ut avari vegetentur; prevenit ut vocentur, et subsequitur ut glorificentur; prevenit ut peccentur, et subsequitur ut cum illo semper vivamus. *De gratis et lib. arbitrio, c. XVII.*

(2) Deus, qui abiecit delinquentem, convertitur ad penitentem; vocat etiam adversos, donat peccata conversis, hortatur pigros, consolatur afflictos, docet studiosos, adjuvat dimicantes, confirmat laborantes, excoadit corde clamantes. *In Psal. VII. Verso.*

prudentes, llenos de fe, ciudadanos del cielo. El pecador que no ama más que la tierra, se vuelve habitante del cielo con su conversión, dice S. Jerónimo: *Terra eram, caelum factus sum.* (In Psal. CXXXIII).

Señor, dice el Real Profeta, habeis prevenido con bendiciones de vuestra dulzura al rey; pusisteis sobre su cabeza una corona de piedras preciosas. (XX. 4). Os ha pedido la vida, y le habeis concedido los largos días del tiempo y de la eternidad: *Vitam petiit á te, et tribuisti ei longitudinem dierum in seculum, et in seculum seculi.* (XX. 5). Su gloria es grande por la salvación que le habeis dado, le rodearéis de gloria y de grande hermosura: *Magna est gloria ejus in salutari tuo; gloriam et magnum decorem impones super eum.* (XX. 6). Hareis que él sea bendición eterna; y le llenareis de alegría, manifestándoos á él. (XX. 6).

Aguardando al Señor, él me sacó del lago de la miseria, y del inundo cieno: *Eduxit me de lacu miseriae, et de luto facis.* (XXXIX. 3).

Oh Señor, Vos habeis derramado la bendición sobre la tierra: Vos habeis libertad del cautiverio á Jacob. Perdonado habeis las maldades de vuestro pueblo; habeis sepultado todos sus pecados. .... Oh Dios, volviendo Vos el rostro hácia nosotros, nos dareis vida; y vuestro pueblo se regocijará en Vos. (Psal. LXXXIV. 2-3-7).

El Señor ha librado mi alma de la muerte, mis ojos de lágrimas, y mis piés del precipicio. Acepto seré yo al Señor en la región de los vivos: *Eripuit animam meam de morte, oculos meos á lacrymis, pedes meos á lapsu; placebo Domino in regione vivorum.* (Psal. CXIV. 8-9).

Señor, atraednos; corremos en pos de Vos percibiendo la fragancia de vuestros perfumes: *Trahé me; post te curremus in odorem unguentorum tuorum.* (Cant. I. 3).

El Señor saca del vicio al pecador á quien convierte, le lleva de nuevo á la virtud, le conduce de la ignorancia á la fe, de la carne al espíritu, de la tibieza al fervor, de la justificación á la perfección, de los actos fáciles á las acciones más grandes y más heroicas, de la tierra al cielo, del temor al amor, del amor de los placeres al de las cruces y á la mortificación, etc. ....

¡Cuántas admirables maravillas en una verdadera conversión! .... Negra soy, pero hermosa, dice la Esposa de los Cantares: *Nigra sum, sed formosa.* (I. 4). El alma pecadora es negra; pero se vuelve hermosa por medio de la conversión y la penitencia. ....

El pecador está encadenado; pero cuando se convierte, Dios rompe sus cadenas, le entrega un cetro real, le da poder sobre los demonios, que habian sido crueles para él, y le promete, si persevera, un esplendor eterno.

Se han disipado las tinieblas, y la verdadera luz brilla ahora en el corazón convertido, dice el apóstol S. Juan: *Tenebrae transierunt, et verum lumen jam lucet.* (I. II. 8). Veo un cielo nuevo y una nueva tierra. (Apoc. XXI. 1).

La obra de la creación del universo en seis días, es el emblema de la obra de la conversión y de la justificación del pecador. El primer día, la luz se levanta sobre él: Hágase la luz de mi gracia en este corazón lleno de tinieblas, dice el Señor; y la luz queda hecha: *Fiat lux; et facta est lux.* (Gen. I. 3). El segundo día, se crea el firmamento, esto es, el alma se pone sobre las cosas de la tierra: *Fiat firmamentum.* (I. 4). El tercer día, aparece la tierra, y es separada de las aguas: el pecador no está ya sumergido y perdido en el océano de la concupiscencia; se convierte en una tierra fértil que produce frutos de salvación. El cuarto día, el sol toma su lugar en esta creación; la caridad se apodera del corazón; la luna y los astros, es decir, la fe y todas las virtudes, brillan en él. El día quinto nacen los peces y los pájaros: el pecador convertido nada en las aguas de la misericordia de Dios; águila para volar al cielo, se dirige rápidamente hácia las montañas eternas. En fin, el día sexto, que vió al primer hombre, y en él á toda su raza, creado á imagen de Dios, ve al pecador que vuelve á ser la imagen y la semejanza viva de su Criador; y luego el convertido descansa en el Señor: *Requiescit die septimo.* (Gen. II. 2).

Con la conversión, Dios cambia el corazón del penitente: de un corazón mezquino, vil, cobarde, esclavo y corrompido, etc., hace un corazón grande, elevado, fuerte, real y santo, etc.

Abandonado el pecador, á semejanza del templo de Jerusalem cuando el Señor permitió que fuese profanado, por efecto de la cólera de Dios omnipotente, mientras persevera en el pecado; es elevado como fué después aquél á una gloria soberana, aplacado que esté aquel grande Señor, dice la Escritura: *Qui derelictus in ira Dei omnipotentis est, iterum in magni Domini reconciliatione cum summa gloria exaltabitur.* (II. Machab. v. 20).

Señor, dice S. Agustín, me habeis llamado, habeis gritado, y habeis destruido mi sordeza; habeis hecho aparecer vuestros relámpagos, habeis resplandecido, y habeis destruido mi ceguera; me habeis inflamado, y he recobrado la vida, y suspiro por Vos. He gustado de Vos, y ahora tengo hambre y sed; me habeis tocado con vuestra divina mano, y ardo en el deseo de vuestra paz (1).

En el pecador convertido se verifica lo que profetizó Isaias de la venida de Jesucristo al mundo, cuando dijo: Dios mismo en persona vendrá, y os salvará. Entónces se abrirán los ojos de los ciegos, y quedarán expeditas las orejas de los sordos; entónces el cojo saltará como el ciervo, y se desatará la lengua de los mudos; porque las aguas rebosarán en el desierto, y correrán arroyos en la soledad; pues que realmente ciego, sordo, cojo y mudo es el pecador ántes de su conversión, ó más bien ántes que el agua de la Divina

(1) Vocatus, et clamatus, et iunxi auriculam meam; corruceasti, splendisti, et fregisti caecitatem meam; flagrasti, et dixi spiritum, et anhelo tibi. Gustavi, et esurio, et sitio. Testificasti me, et exarsit in pace tuam. *Lib. Confess.*

gracia rebose en el desierto de su alma; *Deus ipse ceniet, et saleabit vos. Tunc aperientur oculi caecorum, et aures surdorum patebunt; tunc saliet sicut cervus claudius, et aperta erit lingua mutorum; quia scisso sunt indeserto aquae.* (XXXV. 4-6). Aquella tierra tan árida se convertirá en un lago; los manantiales de la gracia regarán aquel corazón seco; allí en donde habitaban dragones, nacerá el verdor de las cañas y de los juncos, esto es, de las virtudes; y allí estará una senda y camino real, que se llamará camino santo: el impuro no pasará por él; los insensatos no se perderán en él. Ningun león, ninguna bestia feroz transitará por allí: es el camino de los hombres que han sido libertados de la esclavitud del pecado. (Isai. XXXV. 7-9).

El Señor consolará á Sion, reparará sus ruinas, añade Isaías: sus desiertos serán lugares de delicias; su soledad será un nuevo Eden. Todo respirará allí alegría y regocijo, se oirán resonar las acciones de gracias y los cánticos de alabanza (1).

Hijos rebeldes, convertíos á mí, dice el Señor por boca de Jeremías: soy vuestro esposo, yo os introduciré en Sion. Convertíos á mí, hijos rebeldes, y os curaré. Hé aquí lo que dice el Señor: Haced que sean rectos vuestros caminos y vuestras aficiones, y habitaré con vosotros, y sucederá en aquel día, dice el Señor de los ejércitos, que yo haré pedazos el yugo que Nabucodonosor puso sobre tu cuello; romperé sus cadenas, y no te dominarán más los extranjeros, sino que los hijos de Israel servirán al Señor su Dios. Te sacaré de la tierra lejana, y á tus descendientes de la tierra de su cautiverio; y Jacob volverá, descansará, y gozará de todos los bienes, y no temerá á nadie. Yo cicatrizaré tu llaga y curaré tus heridas (2).

Oid á S. Bernardo:

Aunque cargada de vicios, entorpecida en las redes del pecado, cogida al cebo de los placeres criminales, cautiva, desterrada, prisionera en su cuerpo, sumergida en el fango, clavada en la carne, devorada de cuidados, entregada al error y á la mentira, manchada, llena de desesperación, muerta, condenada anticipadamente al infierno, una alma, así lo creemos y lo enseñamos, puede volver en sí misma; puede, no sólo concebir la esperanza del perdón y de la misericordia, sino convertirse y osar aspirar á las nupcias del Verbo. No tema hacer alianza con Dios; no titubea en sujetarse al ligero yugo del amor del Rey de los ángeles. (*Serm. LXXIII. in Cant.*).

(1) *Consolabitur Dominus Sion, et consolabitur omnes ruinas ejus; et ponet desertum ejus quasi delicias, et solitudinem ejus quasi hortum Domini. Gaudium et habitatio invenietur in ea, gratiarum actio, et vox laudis. II. 3.*

(2) *Convertimini, filii, revertentes, dicit Dominus; quia ego, vir vester, introducam vos in Sion. Convertimini, filii, revertentes, et sanabo aversiones vestras. III. 14. 22. Hinc dicit Dominus: Bonus factio vias vestras, et studia vestra, et habitabo vobiscum. Id. VII. 2. In die illa, ait Dominus exercituum, contemnam jugum ejus de collo tuo, vincula ejus dirumpam, et non dominabuntur ei amplius alieni, sed servient Domino Deo suo. Salvabo te de terra longinqua, et semen tuum de terra captivitatis eorum; et revertetur Jacob, et quiescet, et cunctis affuet bonis, et non erit quem formidet. Obluciam cicatricem tibi, et á vulneribus tuis sanabo te. Id. XXX. 8-10-17.*

Hay numerosos ejemplos de penitentes que han llegado á ser grandes Santos: Sta. Maria Magdalena, Sta. Maria Egipciaca, Sta. Pelagia, Sta. Thais, S. Pablo, S. Agustín, etc. Dios ha sacado estas almas del cieno de las pasiones; las ha tomado por esposas, y ha hecho de ellas ángeles de la tierra.

El Señor, dice el profeta Baruch, te los volverá á traer conducidos con el decoro de hijos ó príncipes del reino: *Adduct illos Dominus portatos in honore sicut filios regni.* (v. 6).

Si el impio, dice el Señor por boca de Ezequiel, hiciera penitencia de todos sus pecados, y guardare todos mis preceptos, y obrare según derecho y justicia, tendrá vida verdadera y no morirá. No me acordaré ya de todas las iniquidades que ha cometido; vivirá en las obras de justicia que haya hecho. Y cuando el impio se haya apartado de la impiedad que obró, y procediere con rectitud y justicia, dará él mismo la vida á su alma; porque, si él entra otra vez en sí mismo y se aparta de todas sus iniquidades, tendrá verdadera vida y no morirá (1).

Hé aquí nueve dones inestimables que Dios promete por boca de Ezequiel y concede al pecador que se arrepienta y se convierta: I. Derramaré sobre vosotros agua pura, y quedaréis purificados de todas vuestras manchas: *Effundam super vos aquam mundam, et mundabimini ab omnibus inquinamentis vestris.* (XXXVI. 25). II. Os daré un corazón nuevo: *Dabo vobis cor novum.* (XXXVI. 26). III. Arrancaré vuestro corazón de piedra, y os daré un corazón de carne: *Auferam cor lapideum de carne vestra, et dabo vobis cor carneum.* (XXXVI. 26). IV. Pondré un nuevo espíritu en medio de vosotros: *Spiritum meum ponam in medio vestri.* (XXXVI. 27). V. Haré que andeis por el camino de mis preceptos, que guardéis mis leyes y las practiqueis; por lo que abundaréis en buenas obras, en virtudes y en méritos de toda clase: *Et faciam ut in preceptis meis ambulatis, et judicia mea custodiatis et operemini.* (XXXVI. 27). VI. Habitaréis la tierra que di á vuestros padres; esto es, vivireis en el seno de mi Iglesia, en paz, con alegría y abundancia de bienes espirituales; y por fin hallaréis el cielo: *Et habitabis in terra quam dedi patribus vestris.* (XXXVI. 28). VII. Seréis mi pueblo: *Eritis mihi in populum.* (XXXVI. 28). VIII. Seré vuestro Dios: *Et ego ero vobis in Deum.* (XXXVI. 28). Es decir, seré vuestro protector, vuestra providencia, vuestra madre, vuestro rey, vuestro guía, vuestro defensor y vuestra recompensa; en mi hallaréis todo bien. IX. La tierra yerma se verá cultivada, y dirán: Aquella tierra inculta está hecha ahora un jardín de delicias: *Terra inculta facta est ut hortus voluptatis.* (XXXVI. 35).

(1) *Si impius egerit penitentiam ab omnibus peccatis suis quae operatus est, et custodierit omnia precepta mea, et fecerit iudicium et justitiam, vivet, et non morietur. Omnia inquinamenta ejus, quae operatus est, non recordabor; in justitia sua, quam operatus est, vivet. Et cum averterit se impius ab impietate sua, et fecerit iudicium et justitiam, ipse animam suam vivificabit. Considerans enim, et averterens se ab omnibus iniquitatibus suis, quae operatus est, vivit, et non morietur. XVIII. 21-22-23.*

La mano del Señor estuvo sobre mí, dice el mismo Profeta, y me sacó fuera en espíritu del Señor, y me puso en medio de un campo que estaba lleno de huesos, é hizome dar una vuelta al redor de ellos: estaban en grandísimo número tendidos sobre la superficie del campo, y secos en extremo. Y me dijo: Hijo de hombre, ¿crees tú acaso que estos huesos vuelvan á tener vida? Yo le contesté: Vos lo sabeis, Señor Dios: *Fili hominis, putantur vivere ossa ista? Et dixit Dominus Deus, tu nosti.* (XXXVII. 3). Y él me dijo: Profetiza acerca de estos huesos, y les dirás: Huesos áridos, escuchad la palabra de Dios: *Et dixit ad me: Vaticinare de ossibus istis, et dices eis: Ossa arida, audite verbum Domini.* (XXXVII. 4). Profetizé, pues, como me lo había mandado, y el espíritu entró en los muertos, y resucitaron: *Et ingressus est in ea spiritus, et vixerunt.* (XXXVII. 10). Y él me dijo: Hijo de hombre, todos esos huesos representan la familia de Israel; ellos (los hebreos) dicen: Secaronse nuestros huesos, y pereció nuestra esperanza, y nosotros somos ya rúmas cortadas. Por tanto profetiza, y les dirás: Hé aquí lo que dice el Señor Dios: Yo abriré vuestras sepulturas, y os sacaré fuera de ellas, y os conduciré á la tierra de Israel. Y sabreis que soy el Señor, cuando yo habré abierto vuestras sepulturas, y os habré sacado de ellas, y habré infundido en vosotros mi espíritu, y tendreis vida y os haga descansar en vuestra tierra; y sabreis que yo, el Señor, hablé y lo puse por obra, dice el Señor Dios. (XXXVII. 11-14).

Todos estos prodigios se cumplen de un modo más admirable todavía, en el alma del pecador que se convierte....

No tienes que holgarte por mi ruina, ó tú, enemiga mía, que todavía yo volveré á levantarme, dice el profeta Miqueas: y cuando estuviéese en las tinieblas del cautiverio, el Señor será mi luz: *Credidi, consurgam; cum sederem in tenebris, Dominus lux mea est.* (VII. 8).

Dios se volverá hácia nosotros, dice el mismo Profeta, y nos tendrá compasion; sepultará en el olvido nuestras iniquidades, y arrojará á lo más profundo del mar todos nuestros pecados: *Revertetur, et miserebitur nostri; deponet iniquitates nostras, et projiciet in profundum maris omnia peccata nostra.* (VII. 19).

Si tú convirtieres al Todopoderoso, dijo Elifaz á Job, serás restablecido y alejarás de tu morada la culpa: *Si recessus fueris ad Omnipotentem, edificaberis, et longe facies iniquitatem á tabernaculo tuo.* (XXII. 22-23).

Lavaos, dijo el Señor por medio de Isaías, purificaos, apartad de mis ojos la malignidad de vuestros pensamientos, cesad de obrar mal, aprended á hacer bien, buscad lo que es justo, soorred al oprimido, haced justicia al huérfano, amparad á la viuda. Y venid y argüidme: Aunque vuestros pecados os hayan tenido como la grana, quedarán vuestras almas blancas como la nieve; y aunque fuesen tenidas de encarnado como el vermellon, se volverán del color de la lana más blanca. (I. 16-18).

¡Cuántas maravillas en una verdadera conversion!

¡O milagro, exclama S. Agustín, ó misericordia! Mirad: ayer este hombre vivía dado á la embriaguez; hoy es un modelo de sobriedad: ayer era una sentina de impureza; hoy está lleno de modestia: ayer era un blasfemo; hoy alaba á Dios: ayer era esclavo de la criatura; hoy es fiel servidor del Criador. (In Psal. LXXXVIII). Ayer era una bestia feroz; hoy es un cordero; ayer despreciaba, insultaba, maltrataba, maldecía á los pobres; hoy les respeta, les honra, les ama, les cuida, les bendice y se despoja por ellos. Estos son grandes milagros; y ¿quién los produce? La gracia omnipotente de la conversion....

Si alguno se purificare de estas cosas, dice S. Pablo, será un vaso de honor, santificado y útil para el servicio del Señor, preparado para todas las buenas obras: *Si quis se emundaverit, erit vas in honorem sanctificatum et utile Domino, ad omne opus bonum paratum.* (II. Tim. II. 21).

¿Qué eran los Apóstoles ántes de bajar el Espíritu Santo?

El día de Pentecostés oyóse de repente un ruido del cielo. Reunidos los Apóstoles, vieron como unas lenguas de fuego que se dividieron y descansaron sobre cada uno de ellos; y todos quedaron llenos del Espíritu Santo. (Act. I. 2-4).

¡Qué obrero es el Espíritu Santo! exclama S. Gregorio: instruye en un instante, y enseña todo lo que quiere. Desde que está en contacto con la inteligencia, ilumina; sólo su tacto es la ciencia misma. Desde que ilumina, cambia el corazon: este corazon renuncia de repente á sus afecciones de la tierra, y no es ya el mismo. Reflexionemos en qué estado encuentra á los santos Apóstoles, y lo que hace de ellos! Pedro, que temblaba á la voz de una criada y que renegaba de su Maestro, se alegra en medio de los golpes, en las cadenas, en las cárceles; es más fuerte que el mundo entero. (In Act. apost.).

Ved á S. Pablo que sólo respira amenazas y sangre: *Spirans minarum et cadis.* (Act. IX. 4). Saulo, ¿por qué me persigues? le dijo Jesucristo.—¿Qué queréis que haga, Señor? *Saulo, Saulo, quid me persequeris?—Domine, quid me vis facere?* (Act. IX. 4-6). Ya se prepara á obedecer, dice S. Agustín, aquel que se extremecia de rabia y anhelaba perseguir; ya el perseguidor se transforma en predicador; el lobo se convierte en cordero; el enemigo en un defensor intrépido: *Jam parat se ad obediendum, qui prius saeviebat ad persequendum; jam formatur ex persecutore predicator, ex lupo ovis, ex hoste miles.* (Serm. XIV. de Sanct.).

Como el infierno, Saulo no suspiraba sino por la muerte y el martirio de los fieles; cambiado ya en Pablo, se convierte en modelo de todas las virtudes, y no respira más que la gloria de Dios y la salud del universo. Poco ántes, queria borrar el nombre de Jesucristo y destruir á todos los cristianos; ahora, hé aquí que sólo desea morir por ellos, y no deja de consagrarles su

La conversion de un pecador es la mayor de las gracias, es el más admirable de los milagros.

vida, exponiéndose á las fatigas de los viajes, á los trabajos, á las persecuciones, al hambre, á la sed, á las cárceles, á las cadenas, á las flagelaciones, á los naufragios, á los peligros, á los tormentos y á mil muertes para extender el reino de Jesucristo y de su Iglesia: de tal manera que parece transformado enteramente en Jesucristo y puede muy bien decir: Jesucristo es mi vida, y la muerte es para mí una ventaja: *Mihi vivere Christus est, et mori lucrum.* (Philipp. I. 21). Vivo, y no soy yo el que vive, sino Jesucristo el que vive en mí: *Vivo, jam non ego, vivit vero in me Christus.* (Gal. II. 20).

El cordero muerto por sus ovejas, dice S. Agustín, cambió en cordero á Pablo que era un lobo. *Ab Agno pro ovibus mortuo, fit ovis de lupo.* (Serm. XIV. de Sanct.).

Manifestaré á Pablo, dijo Jesucristo, cuánto habrá de sufrir por mi nombre: *Ego ostendam illi quanta oporteat eum pro nomine meo pati.* (Act. IX. 16).

El que se esforzaba en borrar el nombre de Jesucristo, dice S. Agustín, debe ahora sufrir para honra de este divino nombre. ¡O misericordioso castigo! *Que faciebat contra nomen, patiatur pro nomine.* ¡O savitia misericors! (Ut supra).

Pablo queda abatido y convertido; recobra al punto la vista, está lleno de fuerza; predica Jesucristo..... No tiene vergüenza de su cambio, dice S. Crisóstomo; no teme renunciar á lo que ántes constituía su gloria: *Non erubescerebat mutationem, neque formidabat destruere ea in quibus antea clarescebat.* (De Laudib. S. Pauli).

Bajo todos conceptos la conversion de las naciones paganas es el mayor de los milagros. Es el mayor de los milagros: 1.º bajo el punto de vista del asunto: son hombres orgullosos, carnales, erneles, bárbaros ó indisciplinados los que se someten á la cruz de Jesucristo.....; 2.º bajo el punto de vista de los motivos que hacen obrar el milagro: la conversion y la santidad cristiana consisten en la mortificacion de los sentidos y de las pasiones, en la humildad, en la castidad, la paciencia, el amor á los enemigos, y otras virtudes que repugnan á la naturaleza corrompida.....; 3.º bajo el punto de vista de los instrumentos: es obra de doce pescadores, pobres, despreciables, ignorantes, groseros, sin apoyo, sin dinero y sin elocuencia...; 4.º en fin bajo el punto de vista del objeto: tiene por objeto, no la gloria de la tierra, sino la gloria celestial; nos dirigimos al cielo, á pesar de las inclinaciones de la naturaleza, por el camino de las cruces, de las pruebas y de toda clase de privaciones.....

Explicando el capítulo séptimo del Evangelio de S. Lucas, que cuenta cómo arrojó Jesús un demonio del cuerpo de un mudo, dice el venerable Beda: Tres milagros se obraron en este hombre: era ciego, y vió; mudo, y habló; poseído del demonio, y quedó libre. Estos tres milagros se repiten cada día en la conversion de

los pecadores: el demonio es arrojado; reciben la luz de la fe; y su boca, que estaba muda, se abre para alabar á Dios (1).

Convertir á un pecador por medio de la enseñanza y de la oracion, dice S. Gregorio, es un milagro más portentoso que resucitar á un muerto: *Majus est miraculum predicacionis verbo et orationis solatio peccatorem convertere, quam mortuum suscitare.* (Lib. III. Dialog., c. XVII). En efecto: el muerto no pone obstáculos á su resurreccion; en tanto que el pecador endurecido opone á los esfuerzos del apóstol su perversa voluntad. Es mayor milagro, dice en otra parte el mismo Santo, conover la obstinacion de un pecador, que hacer vibrar el rayo. (Ut supra).

La justificacion del impío, dice S. Agustín, es una obra mayor, más difícil, más divina que la creacion del universo: *Justificatio impij majus, difficilius et divinius est opus, quam creatio universi.* (Homil.).

¡Qué grande es, exclama el Eclesiástico, qué grande es la misericordia del Señor, y la clemencia que ejerce en favor de los que se convierten á él! *¡Quam magna misericordia Domini, et propitiatio illius convertentibus ad se!* (XVII. 28). Esta misericordia no puede concebirse ni expresarse; porque es inmensa, incomprendible, infinita.....

¿Queréis tener una idea de la extension de la misericordia de Dios hácia el pecador á quien perdona? 1.º Medid la grandeza de los suplicios del infierno que el pecador ha merecido...; 2.º considerad la bajeza y las miserias del hombre que ofende á Dios: la misericordia divina las absorbe como el mar absorbe una gota de lluvia; el abismo de nuestra miseria llama al abismo de la misericordia...; 3.º estad la multitud y la enormidad de los pecados que el hombre ha cometido: la misericordia de Dios es infinitamente mayor, no sólo porque borra la mancha que han impreso en el alma, y la injuria que han hecho á Dios, por más numerosos y graves que sean por otra parte; sino tambien, y sobre todo, porque pone en lugar suyo la gracia y la amistad de Dios, y hace del pecador un hijo y heredero del Padre celestial asegurándole la gloria eterna.

Añadid que la gracia de la conversion perdona siempre al penitente, primero parte de la pena, y luego toda la pena debida al pecado. Digamos pues con el Rey Profeta: Las misericordias del Señor son superiores á todas sus obras: *Miserationes ejus super omnia opera ejus.* (CXIV. 9).

¡O infinita misericordia de Dios! exclama S. Crisóstomo. Cuando el mundo entero estaba bajo el yugo del pecado, vino el Criador del universo, y alejó las causas del pecado, y las hizo desaparecer, á fin de que ninguno en el porvenir pudiese desesperar

(1) *Tria signa simul in uno homine per patri sunt: Cecus videt, mutus loquitur, possessus a demone liberatur. Quod quoties complectur in conversione credentium: illi, expulso primo demone, illis lucem aspiciant, deinde ad laudes Dei, secretis prius ora laxantur.*

de su salvacion. Si sois impios, pensad en el publicano; si sois impuros, ved el perdon concedido á la mujer adúltera; si sois homicidas, considerad al ladron clavado en la cruz; si estais cubiertos de crímenes, pensad en Pablo el perseguidor, primeramente enemigo cruel de Jesucristo, y luego predicador del Evangelio; primeramente cubierto de pecados, y luego dispensador de las gracias de Dios; primeramente zizaña, luego espiga de trigo; primeramente lobo hambriento, y luego pastor del rebaño fiel; primeramente vil plomo, y luego oro puro; primeramente pirata, y despues admirable piloto. ¿Qué es el pecado en presencia de la misericordia divina? Una telaraña que nunca resiste al viento: *Quid enim est peccatum ad misericordiam? Tela araneæ, quæ, vento flante, nusquam comparet.* (Homil. II. in Psal. L. et in Serm. V).

¿Quién no ha de admirar, dice Casiano, la operacion milagrosa de Dios en la conversion de los pecadores, y no ha de exclamar con todo el afecto de su alma: He sabido que Dios es grande cuando he visto que de un avaro hacia un pródigo, de un voluptuoso un hombre casto, de un orgulloso un hombre humilde, de un ser débil y delicado un hombre mortificado y un soldado invencible, de un amigo de la opulencia y de los placeres, un penitente que ayuna y se priva de todo para aliviar á los pobres? Estas son seguramente las más admirables obras de Dios; estos son los más grandes prodigios que ha obrado en la tierra. (*Lib. Justific.*).

Cuán consoladora es la conversion del pecador para el cielo, para la Iglesia, y tambien para el mismo pecador.

¿Quién de entre vosotros, dice Jesucristo, si tiene cien ovejas y pierde una, no deja las noventa y nueve para ir á buscar la que ha perdido hasta que la encuentra? Y cuando la ha encontrado, la pone sobre sus hombros lleno de alegría. Y llegando á su morada, reúne á sus amigos y á sus vecinos, y les dice: Alegraos conmigo, porque he encontrado la oveja que habia perdido. (*Luc. XV. 4-6*). En verdad os digo que habrá más alegría en el cielo por un sólo pecador que haga penitencia, que por noventa y nueve justos que no necesitan hacerla: *Dico vobis, quod ita gaudium erit in celo super uno peccatore penitentiam agente, quam super nonaginta novem justis qui non indigent penitentia.* (*Luc. XV. 7*).

Reciba yo de tí este gozo en el Señor, dice S. Pablo á su discípulo Filemon: da en nombre del Señor este consuelo á mi corazón: *Reface viscera mea in Domino.* (I. 20). Es lo que sucede cuando un pecador se convierte. El pecador experimenta una felicidad, una paz indecibles. La Iglesia, esta tierna madre, derrama lágrimas de alegría: como el padre del pródigo, recibe á este hijo extraviado, le abraza, le oprime en su seno maternal, le despoja de sus andrajos, le adorna con vestidos espléndidos, mata al becerro gordo, etc., y exclama: Mi hijo habia muerto, y ha resucitado; lo habia perdido, y lo he vuelto á encontrar: *Filius meus mortuus erat, et revixit; perierat, et inventus est.* (*Luc. XV. 24*).

Pecando y dañándose á sí mismo, el hombre entristece á la Iglesia: convirtiéndose, llena de consuelos el corazón de esta tierna madre, como la vuelta del hijo pródigo llena de consuelos el corazón de su padre.

La paz reina en el alma del pecador que vuelve de sus extravíos: *Factus est in pace locus ejus.* (*Psal. LXXV. 3*). Dios inunda su corazón con las dulzuras de la paz: *Loquetur pacem in eos qui convertuntur ad cor.* (*Psal. LXXXIV. 9*). El Señor sacia el alma que ha renunciado las cosas del mundo; la sacia con bienes, á ella que está hambrienta y deseosa de volver en sí misma: *Satiabit animam inanem; et animam esurientem satiavit bonis.* (*Psal. CVI. 9*). Señor, puede decir el pecador convertido: me habeis indicado el camino de la vida; me colmáis de alegría manifestándome vuestro rostro; en vuestra diestra están las delicias de la eternidad. (*Psal. XV. 11*).

Cuando el Señor, añade el Salmista, libre á Sion de su cautiverio, estaremos llenos de alegría: *In convertendo Dominus captivitatem Sion, facti sumus consolati.* (*CXXX. 4*).

En el momento de la conversion es cuando el Señor consuela el alma, repara todas sus ruinas, fertiliza aquel desierto, y hace de él su jardin predilecto; le inspira alegría, acciones de gracias y cánticos de alabanzas. (*Isai. LI. 3*). Entonces es cuando el pecador exclama con S. Agustín: Hermosura siempre antigua y siempre nueva, ¡qué tarde he empezado á amaros! (*Lib. Confess.*).

Hombres ciegos, encañagados en el vicio, que buscáis vuestra felicidad en los placeres insensatos de la carne y del mundo; ¡ah! si conociéseis los dones de Dios, las castas é incomparables delicias que disfruta un corazón que renuncia al mundo y á sus engañosos placeres, y que se da á Jesucristo con una sincera conversion, ¡qué viles y despreciables os parecerían entonces el mundo, sus alegrías, sus riquezas y honores! Exclamariáis con el Rey Profeta: Un dia pasado en vuestra morada vale más que mil, Señor, bajo las tiendas de los pecadores: *Melior est dies una in atris tuis super millia.* (*LXXXIII. 11*).

El pecador reconciliado con Dios puede decir con S. Pablo: Jamás ha visto el ojo, jamás ha percibido el oído, jamás ha imaginado el corazón del hombre lo que Dios reserva á los que le aman: *Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit, que preparavit Deus iis qui diligunt illum.* (I. Cor. II. 9).

El mundo corrompido, los pecadores endurecidos, no conocen ni conciben estos inefables consuelos; no comprenden más que las cosas terrestres, y no las de Dios, dice S. Pablo: *Animalis homo non percipit ea que sunt spiritus Dei.* (I. Cor. II. 14). El Padre celestial, dice Jesucristo, oculta estas maravillas á los sabios y á los prudentes del siglo, y no las revela más que á los pequeños. (*Math. XI. 25*). Las oculta á los pecadores orgullosos que no quieren convertirse; pero las revela á los pecadores que se humillan y piden gracias....

Es fácil convertirse.

Un pecador que no quiere convertirse, está sin Jesucristo, dice S. Pablo; pero el que desea su conversión, está en Jesucristo: estaba apartado de Dios; y se acerca á él por la sangre del Salvador: *Eratis sine Christo; nunc autem in Christo Jesu: vos qui eratis longe, facti estis prope in sanguine Christi.* (Eph. XI. 12-13).

Una gracia extraordinaria descansaba en el corazón de los primeros fieles, dicen las Actas de los Apóstoles: *Et gratia magna erat in omnibus illis.* (IV. 33). ¿No tenemos las mismas gracias para convertirnos? Las gracias no nos faltan; nosotros somos los que faltamos. Tenemos la enseñanza, la palabra de Dios, su ley, sus inspiraciones, los Sacramentos, el remordimiento, etc. No seamos ciegos, ni sordos, ni mudos, y nos convertiremos.....

Imitemos á los Thesalonicenses, que tanto se habían aprovechado de las gracias que les había llevado S. Pablo. Vosotros mismos sabéis, les decía aquel gran apóstol, que nuestra llegada entre vosotros no ha sido sin fruto: *Ipsi scitis, fratres, introitum nostrum ad eos, quia non inanis fui.* (I. II. 4).

La gracia de Dios Salvador nuestro se ha revelado á todos los hombres, escribe el gran Apóstol á su discípulo Tito: *Apparuit gratia Dei Salvatoris nostri omnibus hominibus* (II. 11); para enseñarnos á renunciar á la impiedad y á los deseos del siglo, y á vivir en el siglo con templanza, justicia y piedad: *Erudens nos, ut abnegantes impietatem, et secularia desideria, sobrie et juste, et pie vivamus in hoc sæculo.* (Id. II. 12).

Es menester no diferir nuestra conversión.

Bastá querer convertirse..... El que quiere, puede..... Si oís hoy la voz de Dios, no se endurezcan vuestros corazones: *Hodie si cœcem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra.* (Psal. XCIV. 8).

Así que el pródigo hubo dicho: Me levantaré é iré á mi padre: *Surgam, et ibo ad patrem meum,* (Luc. XV. 18); se levantó y se puso en camino: *Et surgens venit ad patrem suum.* (Id. XV. 20).

Sabemos, dice S. Pablo á los Romanos, que el tiempo corre y que ha llegado ya la hora de despertarnos de nuestro entorpecimiento: *Et hoc scientes tempus, quia hora est jam nos de somno surgere.* (XIII. 11). Os conjuramos en nombre de Jesucristo para que os apresureis á reconciliarnos con Dios, escribe el mismo apóstol á los Corintios: *Obsecramus pro Christo reconciliamini Deo.* (II. V. 20). Os exhortamos á que no recibais en vano su gracia; porque dice el mismo por boca de Isaías: Os he oído en tiempo favorable, os he socorrido en el día de la salvación. Hé aquí ahora el tiempo favorable; hé aquí ahora el día de la salvación (1). Apresuremonos á purificaranos de todas las manchas del cuerpo y del espíritu (2).

Levantaos, vosotros que dormís, salid de entre los muertos, y Je-

(1) Exhortamur ne in vacuum gratiam Dei recipiamus; ait enim: Tempore accepto exaudivi te, et in die salutis adjuvi te. Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis. II. Cor. VI. 1-2.

(2) Mundemus nos ab omni inquinamento carnis et spiritus. II. Cor. VII. 1.

sucristo os iluminará, prosigue diciendo el Apóstol á los Efesios: *Surgite, qui dormitis, et exurgite á mortuis, et illuminabit te Christus.* (v. 14). Levantaos, pecadores, es el día de la gracia...; Jesucristo, sol de justicia, se ha levantado para vosotros.....

Amos cada día unos á otros, escribo á los Hebreos, mientras dura lo que la Escritura llama hoy, no sea que alguno de vosotros, seducido por el pecado, caiga en el endurecimiento (1).

Levántate presto, dijo el ángel á Pedro que estaba atado y en la cárcel: y al punto se le cayeron las cadenas de las manos: *Surge velociter; et ceciderunt catene de manibus ejus.* (Act. XII. 7). Tomad vuestro calzado, vuestro cinto y vuestro vestido, y seguidme; y Pedro, saliendo, lo seguía. Mas, después que hubieron pasado la primera y la segunda guardia, llegaron á la puerta de hierro que conduce á la ciudad, y se abrió por sí sola delante de ellos. (Act. XII. 8-10). Pedro, volviendo en sí, dijo: Ahora veo que el Señor ha enviado á su ángel, librándome de las manos de Herodes y de la expectation de todo el pueblo judaico. (Act. XII. 11).

Porque Pedro se levanta inmediatamente, quedan rotas sus cadenas, se abre la cárcel, toma su calzado, su cinto, su vestido, sigue al ángel, pasa la primera y la segunda guardia, la puerta de hierro gira sobre sus goznes: es la puerta que conduce á la ciudad. Vuelto en sí, reconoce que el Señor ha enviado á su ángel y lo ha librado de la mano de sus enemigos.... Añadamos ahora que todas estas maravillas tienen lugar en el pecador que no difiere su conversión. Caen las cadenas de sus pecados y de su dura esclavitud: la cárcel del infierno se abre y suelta su víctima; toma el calzado de la verdad, el cinto de la pureza, el vestido de la gracia y de Jesucristo; escucha y sigue á su ángel custodio, los santos pensamientos, las saludables inspiraciones; atraviesa los obstáculos del mundo y de la concupiscencia; cede la puerta del endurecimiento y se dirige á la ciudad eterna. Reconoce la mano y bondad de Dios; está lleno de reconocimiento, y como Pedro, proclama las maravillas de la misericordia divina. Está libre de sus enemigos, y ya ha llegado á Dios.

Es preciso imitar á David: Ya lo he dicho, exclama este profeta, ahora empiezo á convertirme, vuelvo á Dios sin dilación; este cambio, lo conozco, es verdaderamente obra de la diestra del Altísimo: *Et dixi: Nunc capi, hæc mutatio dextra Excelsi.* (LXXVII. 11).

Podría decirse, aunque en otro sentido, al pecador que difiere su conversión, lo que Alejandro obispo de Alejandria decía á S. Atanasio que huía del episcopado por temor y humildad: *Fugis, Athanasi; ad non effugies.* Atanasio, huir; pero no os escaparéis. Pecadores, huir de Dios que os llama, que quiere que volváis á él; ¡pues bien! no os escaparéis del Dios vengador que ha de juzgaros y condenaros: *Fugis; at non effugies.*

(1) Adhortamini vosmetipsos per singulos dies, donec hœcie cognominatur; ut non obduratur quis ex vobis fallacia peccati. III. 13.



Jesucristo está ahora á la puerta de vuestro corazón, llama, quiere entrar en él para purificarle, para colmarle de gracias y cambiarlo en paraíso; abridle este corazón enfermo, manchado y asqueroso; mañana quizás sería demasiado tarde....

—Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?—¿Quién sois, Señor?—Yo soy Jesús Nazareno á quien tú persigues.—Señor, ¿qué queréis que haga?—Levántate, véte á Damasco, y allí se te dirá todo cuanto debes hacer.....

Y ahora, Saulo, dice Ananías, ¿qué guardas? Levántate, recíbe el bautismo y purifícate de tus pecados, invocando el nombre del Señor. (Act. XVII. 7-8-10-16).

Pecadores, Dios os dice como á Saulo: ¿Por que me perseguís? Tened la prontitud de voluntad de este recién convertido, y exclamad: Señor, ¿qué queréis que haga? No faltará un caritativo Ananías que os diga: Levantaos de la tumba de vuestras iniquidades, recibid el bautismo de la penitencia, y purificaos de vuestros pecados, invocando al Dios que perdona....

Pecadores, dice el Eclesiástico, tened piedad de vuestra alma, haciéndoos agradables á Dios con una conversion pronta y sincera: *Miserere anima tua, placens Deo.* (XXX. 24).

El que quiera hacer limosna, dice S. Agustín, debe empezar por sí mismo. En su infinita bondad, Dios no sólo nos aconseja sino que nos conjura que salgamos del triste estado del pecado mortal. Escuchémosle, no sea que más tarde, en el día del juicio, no quiera escucharnos. Oigámoste cuando nos dice por medio del Profeta: Tened piedad de vuestra alma, haciéndoos agradables á Dios. ¿Qué responderéis á esta apremiante invitación? Dios os conjura que tengais piedad de vosotros mismos; y no queréis! *Deus te rogat ut tui misereris; et non vis!* Ahoga por vuestra causa ante vosotros; y nada puede alcanzar! *Causam tuam apud te agit; et á te non potest impetrare!* ¿Cómo habrá de prestar atención á vuestras súplicas, cuando le imploréis en el día del juicio, si os negais á escucharle ahora que os ruega tengais lástima de vosotros? *Et quomodo te audiet ille in die iudicii supplicentem, cum tu eum pro teipso nolueris audire rogantem?* (Homil.).

Es muchísima malicia, dice S. Bernardo, no tener piedad de vosotros y rechazar la confesion, que es el remedio único despues del pecado; guardar en vuestro seno un fuego que os devora, en vez de apresuráros á arrojarlo lejos; no dar oídos, atenta y dócilmente, al profeta que os da este sabio consejo: Tened piedad de vuestra alma; tratad de agradar á Dios. ¿Con quién puede ser bueno el que es cruel consigo mismo? (1).

(1) Magna revera malitia tui te non miserari, et solum post peccatum remedium confessionis á teipso repellere; ignemque in sinu tuo involvere, potius quam excretere; nec sibi nequam, et cui bonus? *Epist.*

Hijo, cuando estés enfermo, no descuides de tí mismo, antes bien haz oración al Señor; y él te curará: *Fili, in tua infirmitate non despicias te ipsum, sed ora Dominum; et ipse curabit te.* (Eclh. XXVII. 9).

Lavaos, pues, dice el Señor por boca de Isaías, purificaos, apartad de mi vista la malignidad de vuestros corrompidos pensamientos; cesad de obrar mal: *Lavamini, mundi estote, auferite malum cogitationum vestrarum ab oculis meis; quiescite agere perverse.* (I. 16).

Oh prevaricadores, entrad en vosotros mismos: *Redite, prevaricatores, ad cor.* (Isai. XLVI. 8).

Levántate, levántate; ármate de fortaleza, oh brazo del Señor, añade Isaías: *Consurge, consurge, induere fortitudinem brachium Domini.* (LI. 9). Levántate, levántate; ármate de tu fortaleza, ó Sion; vistete los vestidos de gala, ó Jerusalem, ciudad del Dios Santo; porque ya no volverá en adelante á pasar por medio de tí incircunciso ni inmundo (1).

Alzate del polvo, levántate, Jerusalem; levántate, toma aliento; rompe las cadenas del cautiverio, oh esclava hija de Sion. Hé aquí lo que dice el Señor: De balde fuisteis vendidos, y seréis rescatados sin dinero (2).

Buscad al Señor en tanto que puede ser hallado: invocadle mientras está cercano: *Querite Dominum dum inveniri potes; invocato eum dum prope est.* (Isai. LV. 6). Oíd cómo comenta S. Bernardo estas palabras de Isaías: Notad, nos dice, que hay tres causas que impiden que hallen á Dios los que le buscan: No le buscan en el tiempo preciso, ó no le buscan como deben, ó bien en dónde es menester (3).

Que abandone su camino el impío, dice Isaías, y el hombre inícuo sus pensamientos; que vuelvan al Señor; y tendrá lástima de ellos; que vuelvan: el Señor es rico en misericordia (4).

Levántate, oh Jerusalem, prosigue Isaías, recibe la luz; porque ha venido tu lumbrera y ha nacido sobre tí la gloria del Señor: *Surge, illuminare, Jerusalem; quia venit lumen tuum, et gloria Domini super te orta es.* (LX. 1).

Animo, ó pecadores que hasta ahora estuvisteis sepultados en las tinieblas del pecado y del olvido de Dios; habeis estado echados, y dormisteis en el lecho de todas las iniquidades; habeis estado encerrados en la cárcel del demonio, y habeis sufrido el cautiverio del infierno. Animo, levantaos, salid de este sueño y de esta cárcel;

(1) *Consurge, consurge, induere fortitudinem tui, Sion; et induere vestimenta gloriae et immundus.* *LII. 1.*

(2) *Excutere de pulvere, consurge, sede, Jerusalem; solve vincula colli tui, captiva filia Sion. Quia tunc dicit Dominus: Gratis venundati estis, et sine argento redimimini.* *Isai. LII. 2-3.*

(3) *Attende tres esse causas que querentes frustrari solent, cum aut videlicet non in tempore querunt, aut non sicut oportet, aut non ubi oportet.* *Epist.*

(4) *Derelinquat impius viam suam, et vir iniquus cogitationes suas, et revertatur ad Dominum; et misericordiar ejus: et ad Deum nostrum, quoniam multus est ad ignoscendum.* *Isai. LV. 7.*

mirad; recibid la luz de Dios y de su gracia; despertad, levantad la cabeza, abrazaos con vuestras dos manos á la cruz de Jesucristo vuestro Salvador, que os ofrece el uso de la vista, la libertad y la alegría; sód ilustrados, recibid como un espejo la luz de la fe, del arrepentimiento y de la gracia, á fin de que quedeis transformados y que con el cambio de vuestra vida y vuestros buenos ejemplos seáis tambien vosotros astros esplendorosos.

Jerusalén, exclama el profeta Baruch, desnúdate del vestido de luto correspondiente á tu afliccion, y vistete del esplendor y magnificencia de aquella gloria perdurable que te viene de Dios: *Exue te, Jerusalem, stola luctus et vexationis tuæ: indue te decore et honore ejus, quæ d. Deo tibi est sempiterna gloriæ. (V. 4).* El Señor te revestirá con un doble manto de justicia, y pondrá sobre tu cabeza una diadema de honra sempiterna: *Circumdabit te Deus diploide justitiæ, et imponet mirram capiti honoris æterni. (Id. V. 2).*

Convertios, dice el profeta Ezequiel, y haced penitencia de todas vuestras maldades; y no serán éstas la causa de vuestra perdicion: *Convertimini, et agite penitentiam ab omnibus iniquitatibus vestris: et non erit vobis in ruinam iniquitas. (XVIII. 30).*

Ahora pues, dice el Señor, convertios á mí de todo vuestro corazon con ayunos, con lágrimas y con gemidos. Rasgad vuestros corazones, y no vuestros vestidos. *(Joel. II. 12-13).*

Aun cuarenta dias, y Nínive quedará destruida: *Adhuc quadraginta dies, et Ninive subvertetur. (Jonas, III. 4).* Es pues preciso que nos apresuremos.... A ejemplo de los Ninivitas, dejad de pecar, haced penitencia.... Entonces Dios retirará sus amenazas, y os perdonará...

La perseverancia en el pecado es despreciable.

**P**ecadores, que debierais haber muerto para el pecado, ¿cómo perseverais en tan horrible estado? dice el gran Apóstol: *Qui enim mortui sumus peccato, quomodo adhuc vivemus in illo? (Rom. VI. 2).*

¡Ah! lejos de perseverar en el mal, reconocamos con S. Agustín nuestra desgracia por no haber amado ántes á Dios. ¡Cuánto he tardado en amaros, hermosura siempre antigua y siempre nueva, exclama; cuánto he tardado en amaros! *¡Sero te amavi, pulchritudo tam antiqua et tam nova; sero te amavi! (Lib. Confess.).*

En vez de continuar siguiendo por el camino del mal, dedícaos á comprender, con el Profeta, cuán amargo y malo es haber abandonado al Señor vuestro Dios: *Scito quia matum et amarum est relinquere te Dominum Deum tuum. (Jerem. II. 19).*

Si el justo, dice el Señor por medio de Ezequiel, se aparta de su justicia y comete la iniquidad y todas las abominaciones que suele hacer el impio, ¿por ventura tendrá él vida? Todas las obras de virtud que habia hecho, serán olvidadas, morirá en la prevaricacion en que ha caído, y en el pecado que ha cometido (1).

(1) Si autem avertit se justus á justitiæ suæ, et fecerit iniquitates, secundum omnes abominabiles, non operari solet impius, ¿numquid vivet? Omnes justitias quæ quæ fecerat, non recordabuntur; in prevaricatione quæ prevaricatus est, et in peccato suo mood peccaverit, in ipsa morietur. XVIII. 24.

Si el justo que cae y no se levanta está perdido, ¿cuál será la suerte de aquel que siempre ha sido pecador y quiera serlo hasta el fin? ¡Qué! ¡queremos perseverar en la enemistad de Dios, en la esclavitud, en la muerte del alma, perder el cielo y hacernos merecedores cada dia más y más de un infierno eterno!...

El que vive en el pecado mortal, no vive, dice S. Agustín. Que muera para el pecado, á fin de no morir para la eternidad; que se convierta, para no ser condenado: *Qui male vivit, non vivit. Moriatur, ne moriatur; mutetur, ne damnetur. (De Morib.).*

**P**ara convertirse, es preciso renunciar al pecado y dejarlo. La muerte nos separa de todo: la conversion, que es la muerte del pecado, debe tambien separarnos del pecado.

Es preciso dejar el pecado.

Así como Jesucristo resucitó de muerte á vida para gloria del Padre, dice el gran Apóstol, debemos tambien nosotros andar con una vida nueva: *Ut quomodo Christus surrexit á mortuis per gloriam Patris, ita et nos in novitate vitæ ambulemus. (Rom. VI. 4).* Sabed que nuestro hombre viejo fué crucificado juntamente con él, á fin de que el cuerpo del pecado quede destruido en nosotros y que de hoy más ya no seamos esclavos del pecado; porque quien ha muerto de esta manera, queda ya justificado del pecado. Consideraos tambien como muerto al pecado por el bautismo, y que vivis ya para Dios en Jesucristo nuestro Señor (1).

Comentando estas palabras, dice S. Próspero: ¿Qué es morir para el pecado, sino dejar de vivir ya de acciones condenables, no escuchar más los deseos de la carne, no codiciar nada y ser como el que está muerto? Un muerto no dice mal de nadie, no desprecia á nadie, no tiene odio, no trata de inclinar á los demás al pecado, no daña á nadie, no es curioso, no se burla de los afligidos, no obedece á la lujuria ni á la gula. *(In Sentent.).*

Así como habeis empleado los miembros de vuestro cuerpo en servir á la impureza, dice S. Pablo, y á la injusticia para cometer la iniquidad, de la misma manera debéis emplearlos ahora en servir á la virtud, á fin de santificaros (2). Dejemos pues las obras de las tinieblas, y revistámonos de las armas de la luz. Revestios de nuestro Señor Jesucristo, y no trateis de contentar los antojos de vuestra sensualidad (3).

Purificaos de la levadura añeja, dice el mismo apóstol, á fin de que seais una masa enteramente nueva: *Expurgate vetus fermentum, ut sitis nova conspersio. (I. Cor. V. 7).* Formado de tierra, el pri-

(1) Hoc scientes quia vetus homo noster simul crucifixus est, ut destrueretur corpus peccati, et ultra non servitamus peccato. Qui enim mortuus est, justificatus est á peccato. Ita et vos exstimate vos mortuos iniquis, esse peccato, viventes autem Deo in Christo Jesu Domino nostro. Rom. VI. 6-7-11.

(2) Sicut exhibebitis membra vestra servituti inmunditatis et iniquitatis ad iniquitatem, ita nunc exhibite membra vestra servituti justitiæ in sanctificationem. Rom. VI. 19.

(3) Abjicimus opera tenebrarum, et induimus arma lucis. Induimus Dominum nostrum Jesum Christum, et curam carnis ne liceat in desideris. Rom. XIII. 12-13.

mer hombre es el terreno; viniendo del cielo, el segundo es el celestial: así como hemos llevado impresa la imagen del hombre terreno, llevemos también la imagen del hombre celestial (1).

Que todo sea nuevo, corazones, voces y obras, dice Sto. Tomás: *Nova sint omnia, corda, voces et opera.* (Hymn. in Fest. Corp. Christi).

Jesucristo ha muerto, dice S. Anselmo, para hacernos morir para el pecado, y ha resucitado con el objeto de hacernos resucitar para las obras de justicia (2).

Jesucristo, dice S. Pablo, ha muerto por todos, á fin de que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos (3). Si alguno está en Jesucristo, ya es una criatura nueva; lo viejo que había en él, ha desaparecido, y todo viene á ser nuevo, pues que todo ha sido renovado: *Si qua ergo in Christo nova creatura, vetera transierunt. Ecce facta sunt omnia nova.* (II. Cor. V. 17).

Es preciso, dice á los Efesios, desnudaros del hombre viejo, según el cual habéis vivido en otro tiempo, el cual se corrompe siguiendo la ilusión de las pasiones. Renovaos en el interior de vuestra alma, y revestidos del hombre nuevo que ha sido criado á semejanza de Dios en justicia y en santidad verdadera (4).

Como Abraham, el que quiere convertirse, dice S. Jerónimo, debe salir de la tierra que habita, que es su cuerpo; debe dejar su parentela; debe abandonar á los Caldeos, que son los demonios, y habitar la región de las virtudes. (*Comment.*)

Renunciad á todos vuestros pecados, dice el Apóstol á los Colosenses: *Nunc autem deponite et vos omnia.* (III. 8). Desnudaos del hombre viejo con sus acciones, y revestidos del nuevo: *Expoliantes vos veterem hominem, et induentes novum.* (Coloss. III. 9).

San Bernardo dice con mucho acierto: Hay dos hombres, el antiguo, y el nuevo; el viejo Adán, y Jesucristo: aquél de la tierra, éste del cielo; la vejez nos representa Adán, la novedad á Jesucristo. Hay tres vejezes y tres novedades; porque hay la vejez del corazón, de la lengua y de la carne, y así pecamos de tres maneras, por pensamientos, por palabras y por obras. En el corazón se encuentran los deseos de la carne y de la tierra, el amor impuro y el amor del siglo; en la boca, la jactancia y la maledicencia; en la carne, la concupiscencia y el pecado. Todo esto es la imagen del hombre viejo, y todo esto debe renovarse. El corazón se renueva excluyendo los deseos carnales y terrestres, y admitiendo el amor á Dios y á

(1) Primus homo de terra, terrenus; secundus homo de celo, celestis. Sicut portavimus imaginem terrenam, portemus et imaginem celestis. I. Cor. XV. 47-49.

(2) Christus mortuus est ut nos liberaretur a peccato; et resurrexit, ut ad justitiam opera resurgeremus. De Similit.

(3) Pro omnibus mortuus est Christus: ut et qui vivunt, iam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est et resurrexit. II. Cor. v. 15.

(4) Depolice vos secundum pristinam conversionem veterem hominem, qui corrumpitur, secundum desideria errorum. Renovamini autem spiritu mentis vestre, et induite novum hominem qui secundum Deum creatus est in justitia et sanctitate veritatis. IV. 22-24.

la patria celestial. La jactancia y la maledicencia deben dar lugar á la confesion sincera de los pecados que hemos cometido y al elogio del prójimo. La concupiscencia y los crímenes, esta vejez del cuerpo, deben desaparecer á su vez ante la continencia y la inocencia, de tal manera que estas virtudes aniquilen los vicios que le son contrarios. (*Serm. XXX.*)

Señor, dice el Salmista, has librado de la muerte á mi alma, y preservado á mis pies de la caída, á fin de que pueda ser grato, á los ojos de Dios en la luz de los vivientes: *Eripuisti animam meam de morte, et pedes meos de lapsu, ut placeam coram Deo in lumine viventium.* (LV. 13).

Apártate del pecado, endereza tus acciones y purifica tu corazón de toda iniquidad, dice el Eclesiástico: *Averte á delicto, et dirige manus, et ab omni delicto munda cor tuum.* (XXXVIII. 40). El Señor exige pues tres cosas para que una conversion sea perfecta: 1.º que nos apartemos del pecado, esto es, que nos alejemos del espíritu y de la voluntad, y formemos la resolución de no pecar más; 2.º que dirijamos nuestras manos para hacer buenas acciones; y 3.º que purifiquemos nuestro corazón de toda iniquidad por la contrición, la confesion y la satisfaccion....

Arrojad lejos de vosotros, dice Ezequiel, todas las prevaricaciones con que os habéis manchado, y formaos un corazón nuevo y un nuevo espíritu (1).

Así como el viejo Adán, dice S. Bernardo, ha poseído al hombre entero y lo ha penetrado hasta el fondo de las entrañas, así también ahora Jesucristo, que todo lo ha curado, todo lo ha rescatado, y todo quiere glorificarlo, debe poseernos enteramente: *Sicut fuit vetus Adam effusus per totum hominem, et totum occupavit, ita modo totum obtineat Christus, qui totum curavit, totum redemit, totum et glorificabit.* (*Serm. XXV.*)

Habiendo perdido á Jesucristo, la Santísima Virgen y S. José volvieron al templo, y le hallaron en medio de los Doctores. Al encontrarle, sus padres quedaron maravillados, y su madre le dijo: Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira como tu padre y yo llenos de aflicción te hemos andado buscando: *Eccc pater tuus et ego dolentes querebamus te.* (Luc. II. 48). El alma que ha perdido á Jesucristo, debe buscarle: 1.º con el dolor y las lágrimas de un corazón contrito; 2.º con una gran solicitud y un gran celo; 3.º debe buscarlo entre los Doctores, esto es, entre los hombres instruidos y piadosos....

Las dos alas con que el alma se dirige á Jesucristo, son la inteligencia ilustrada de Dios, y la voluntad excitada y afirmada por él.... Renunciando, dice el apóstol Santiago, á todas las impurezas

(1) Projicite á vobis omnes prevaricationes vestras, in quibus prevaricati estis; et facite vobis cor novum et spiritum novum. XYIII. 31.

Dios desea la conversion del pecador y le da su gracia al pecador, á su vez, debe desear su conversion y cooperar á la gracia.

y á todos los desarreglos, recibid con docilidad la palabra divina, que ha sido como sopería en nosotros y que puede salvar vuestras almas (1).

Es preciso destruir el árbol silvestre que está en nosotros, é ingerir el ramo cultivado, que es Jesucristo y la virtud. Este ingerito se arraigará mediante la savia divina y de los santos deseos.

Rompamos las cadenas del pecado y sacudamos lejos de nosotros el molesto yugo del demonio, dice el Salmista: *Dirampanus vincula eorum, et projiciamus à nobis jugum ipsorum.* (II. 3).

Es preciso que el pecador diga con el Real Profeta: *Compedite de mi, Señor, segun la grandeza de vuestra misericordia; y segun la multitud de vuestras bondades, borrad mi iniquidad. Lavadme cada día más y más de mis manchas, y purificadme de mi pecado* (2). No os acordéis más, Señor, de vuestras antiguas iniquidades; anticipense á favor nuestro vuestras misericordias; pues nos hallamos reducidos á una extrema miseria. Socorrednos, ó Dios Salvador nuestro; y por la gloria de vuestro nombre librados, Señor, y perdonadnos nuestros pecados (3).

Libró á los que yacian entre tinieblas y sombras de muerte, aherrajados en la aliecion y entre cadenas; pero clamaron al Señor en su angustia, y librólos de sus miserias: rompió sus cadenas (4).

Acercaos á Dios con ardientes deseos de convertirlos, y él se acercará á vosotros, dice el apóstol Santiago: *Appropinquate Deo, et appropinquet vobis.* (IV. 8).

¿Queréis saber por qué camino nos acercamos á Dios? Es 1.º alejándonos del demonio, y resistiéndole; 2.º humillándonos; 3.º descaando volver á Dios..... Mirad qué prodigio, hermanos míos, dice S. Agustín: Dios habita en lo más alto de los cielos: si os elevais, huye de vosotros; si os humillais, baja á vosotros. (*Homil.*). Nos acercamos á Dios: 4.º por la penitencia...; 5.º por el amor á Dios, practicando obras de caridad; 6.º orando.....

San Gregorio dice que los pecadores forman muchas veces buenas resoluciones, pero vuelven á caer en sus mismos pecados así que están tentados, porque su corazón no ha cambiado, y

(1) Abjicientes omnem immunditiam et abundantiam malitie, in mansuetudine suscipite insitum verbum, quod potest salvare animas vestras. I. 21.

(2) Miserece mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam. Et secundum multitudinem miserationum tuarum, dele iniquitatem meam. Amplius lava me ab iniquitate mea, et à peccato meo munda me. L. 13.

(3) Ne memineris iniquitatum nostrarum antiquarum: cito anticipet nos misericordia tua, quia pauperes facti sumus nimis. Adjuva nos, Deus, salutaris noster, et propter gloriam nominis tui, Domine, libera nos; et propitius esto peccatis nostris propter nomen tuum. Psal. LXXXVIII. 84.

(4) Sedentes in tenebris et umbra mortis, vincetos in mendacitate et ferro. Et clamaverunt ad Dominum cum tribulatione, et de necessitatibus eorum liberabit eos. Psal. CXL. 16-18.

no se convierten á Dios seriamente. Quieren ser humildes, exclama, pero á condicion de que no se les desprecie; consentien en contentarse con lo que tienen, pero á condicion de que han de usar tambien de su superfluo; se proponen vivir castos, pero sin mortificar su carne; ser pacientes, pero sin sufrir pruebas. Quieren virtudes sin tomarse el trabajo de adquirirlas; no saben librar un combate en campo raso, y quieren triunfar de una ciudad fuerte. (*Pastor.*). Por el contrario, la humillacion es el camino de la humildad, dice S. Bernardo; los sufrimientos conducen á la paciencia, la mortificacion á la castidad, el ayuno á la sobriedad. (*In Psal.*).

Nos alejamos de Dios de tres maneras, dice Hugo de S. Victor: por la vanidad, por la afeccion á uno mismo, y por la curiosidad hácia el prójimo. Volvemos á Dios con la confesion de nuestras faltas, con la compuncion del corazón y la mortificacion de la carne: es preciso que la verdad se encuentre en las palabras, la pureza en el alma, la sobriedad en la manera con que satisfacemos las necesidades del cuerpo. (*Lib. de Anima.*).

Explicando aquellas palabras de S. Lucas (VII. 36): *Habia en la ciudad una mujer criminal*; S. Gregorio dice: Esta mujer, entregada desde luego al libertinaje, usaba perfumes para agrandar y atraer; pero luego puso á los piés de Jesucristo lo que habia vengonzosamente empleado para adornar su cuerpo, y lo ofreció á Dios de un modo digno de elogios. Sus ojos habian deseado las cosas de la tierra, y ahora están llenos de lágrimas; su boca habia pronunciado palabras de orgullo, y ahora besa los piés de su divino Maestro. Sacrifica todo lo que habia servido para sus criminales placeres, y practica tantas virtudes como faltas habia ántes cometido. Quiere que todo lo que en ella habia ofendido á Dios, manifieste la sinceridad de su penitencia. ¿Qué motivo obligaba á esta mujer á obrar así? El ardiente deseo de convertirse y de obtener misericordia.....

Acordaos, dice S. Pablo á los Hebreos, de aquellos primeros dias de vuestra conversion en que, despues de haber sido iluminados, habeis sostenido un combate de persecuciones y habeis sufrido grandes aflicciones. (X. 32).

Recordarán los beneficios del Señor, y volverán á él, dijo el Salmista: *Remiscentur, et convertentur ad Dominum.* (XXI. 28).

Esto hizo que el hijo pródigo se levantara, saliese del lugar en que vivia en una profunda miseria, y volviese á su padre. Comparó el triste estado en que se hallaba con la felicidad que experimentaba en la casa paterna. Esta comparacion le hizo reflexionar, y exclamó: ¡Oh! ¡cuántos criados tienen pan en abundancia en la casa de mi padre, mientras que yo, hijo suyo, estoy aquí pariendo de hambre! *In se autem reversus, dixit: ¡Quantum mercarari in domo patris mei abundanti panibus, ego autem hic fame pereor!* (Luc. XV.

Es preciso recordar la felicidad que se experimentaba antes de caer en el pecado.

17). ¡Qué dichoso era á su lado, y qué desgraciado soy lejos de él!... ¡Qué dichoso era en la época de mi primera comunión y cuando me acercaba á menudo á la sagrada mesa, etc!... ¡Cuán desgraciado soy, al contrario, desde que habiendo abandonado á mi Dios, los Sacramentos y la oración, me he lanzado en la vía criminal de las pasiones engañosas!... *Surgam, et ibo ad Patrem meum*. No; yo iré á mi Padre y le diré: Padre mio, pequé contra el cielo y contra ti.... (*Lue. XV. 18*).

Después de la  
conversión es  
necesario perse-  
verar.

Señor, dice el Real Profeta, rompisteis mis cadenas; á Vos ofreceré yo un sacrificio de alabanza, é invocaré el nombre del Señor: *Dirupisti vincula mea; tibi sacrificabo hostiam laudis, et nomen Domini invocabo*. (CXV. 16-17).

No olvidemos, dice S. Pablo á los Romanos, que Jesucristo resucitado de entre los muertos no muere ya otra vez, y que la muerte no tendrá ya dominio sobre él: *Scientes quod Christus resurgens ex mortuis jam non moritur; mors illi ultra non dominabitur*. (VI. 9).

Habiendo quedado libres del pecado, os habeis hecho esclavos de la justicia: *Liberati á peccato, servi facti estis justitie*. (Rom. VI. 18).

Pudiendo cantar sobre la derrota de la muerte este cántico de resurrección: O muerte, ¿dónde está tu victoria? Infierno, ¿dónde está tu aguijón? jamás hemos de entrar en su imperio entregándonos al pecado....

En otro tiempo no erais sino tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor. Y así proceded como hijos de la luz: *Eratis aliquando tenebre; nunc autem lux in Domino; ut filii lucis ambulat*. (Ephes. v. 8).

Si habeis resucitado con Jesucristo, buscadlo, que está en el cielo, en donde está sentado á la diestra de Dios; saboreaos en las cosas del cielo, no en las de la tierra: *Si consurrexistis cum Christo, quæ sursum sum, quærit, ubi Christus est in dextera Dei sedens; quæ sursum sunt, sapite, non quæ super terram*. (Coloss. III. 1-2).

Os habeis convertido, dejando los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero; perseverat. (*I. Thess. I. 9*). Todos somos hijos de la luz é hijos del día; no pertenecemos ni á la noche ni á las tinieblas; no nos dejemos pues vencer del sueño; velemos ántes bien y seamos sobrios; *neque tenebrarum: igitur non dormiamus, sed vigilemus noctis, et sobrii simus*. (I. Thess. v. 5).

Marchad con paso firme por el recto camino, y si alguno llega á vacilar, tenga cuidado de no extraviarse; ántes bien se corrija: *Gressus rectos facite pedibus vestris, ut non claudicans quis erret, magis autem sanetur*. (Hebr. XII. 13).

El que persevero, no será dañado por la muerte segunda: *Qui vicerit, non ledetur á morte secunda*. (Apoc. II. 11).

El sacerdote que busca y recibe al pecador con una gran muestra de humildad y de caridad, puede llegar á reducirle y á destruir los pecados, dice S. Gregorio: *Ad destruenda peccata pervenire ille potest, qui peccatores magna humilitatis ostensione et magna caritatis affectione demulcet*. (Pastor).

Dehaires de los  
pastores y de  
los confesores  
con respecto  
de los pecado-  
res.

Pastores y confesores, abrid vuestro corazón, á fin de que los pecadores entren en él para salir convertidos, desapareciendo todos sus errores por medio de vuestra paciencia y caridad.

Anda, dijo el Señor á Jeremías, y repite hácia el septentrion y haz que se oigan estas palabras: *Hé aqui lo que dice el Señor: Convertete, oh tu rebelde Israel, que no torceré yo mi rostro para no mirarte; pues yo soy santo y misericordioso, y no conservaré siempre mi enojo*. (III. 12).

«¿Cuántas veces deberé perdonar á mi hermano cuando pecare contra mí? ¿Siete?» preguntó Pedro á su divino Maestro. Le perdonarás setenta veces siete, le respondió Jesucristo. (*Math. XVIII. 21-22*), es decir siempre que el pecador esté dispuesto á enmendarse y convertirse.

Los Santos Padres indican cinco motivos que han hecho que Dios perdonara al hombre y no al ángel. El primero es que el hombre ha pecado por fragilidad de la carne; por esta razon ha obtenido misericordia. El segundo es que el ángel ha pecado sin ser tentado de nadie; mientras que el hombre ha pecado tentado de la serpiente. El tercero es que todos los ángeles no han caído, sino solamente parte de ellos; mientras que en la persona del primer hombre, toda la naturaleza humana, toda la humanidad ha quedado perdida. Según S. Gregorio, aunque Adán ha pecado, su posteridad no ha sido del todo indigna de perdon, porque no ha sido su cómplice. El cuarto es que el ángel, teniendo una grandísima inteligencia, ha pecado con su plena voluntad y con malicia, mientras que el hombre no ha pecado con malicia y su voluntad ha sido solicitada y seducida. El quinto es que el ángel ha recibido desde el momento de su creación el más alto grado de honor que pudiera recibir, y que por la contemplación de su Criador debía haberse confirmado en la gracia y haberse hecho impecable. Hé aquí por qué, caído de tan alto, no le ha sido dado levantarse de su caída por medio de la penitencia. Colocado por el contrario en la tierra con un cuerpo formado de barro, el hombre, que debía reproducirse ántes de llegar, sin morir, á mejor vida, fué colocado en un estado más lejano de la bienaventuranza que el ángel; por esto se le ha dado para hacer penitencia un espacio de tiempo no concedido á los ángeles.

Por qué per-  
donó Dios al  
hombre y no  
al ángel?